


Édgar Téllez

Jorge Lesmes



PACTO EN LA SOMBRA

Los tratos secretos de Estados Unidos
con el narcotráfico

PREMIO DE PERIODISMO  Planeta 2006

En una impecable investigación, al estilo no sólo de grandes periodistas que son sus autores, sino además de verdaderos libretistas, Édgar Téllez y Jorge Lesmes nos demuestran que la historia, además de ser cierta, es emocionantemente veraz. Sin proponérselo, porque no es su oficio, acaban de publicar no solamente uno de los mejores libros sobre el crimen organizado en Colombia, sino también el soporte para la película que Hollywood siempre ha querido hacer sobre la mafia y nuestros capos [...]. Lo que leemos aquí es la recolección cuidadosa de documentos clasificados, grabaciones y testimonios que prueban cómo se adelantó el más ambicioso acuerdo, que siempre fue negado por las autoridades norteamericanas, entre una corte de los Estados Unidos y más de 100 narcotraficantes.

JULIO SÁNCHEZ CRISTO



 Planeta



© Joana Toro

ÉDGAR TÉLLEZ MORA es, desde 1999, jefe de redacción de la revista *Cambio*. Comenzó sus labores periodísticas en el noticiero Tv Hoy, luego pasó al diario *El Tiempo*, a la Procuraduría General de la Nación y a la revista *Semana*. Es coautor de los libros *El presidente que se iba a caer*, *Diario íntimo de un fracaso* y *Ruidos de sables*. En 1986, como miembro del equipo del noticiero Tv Hoy, ganó el Premio de Periodismo CPB. En 2003 integró los equipos de trabajo que obtuvieron dos premios de periodismo Simón Bolívar.

JORGE LESMES, periodista desde hace más de quince años. Trabajó en la revista *Semana* donde se desempeñó como jefe de investigaciones, jefe de redacción y subdirector de la revista. Posteriormente fue asesor editorial del periódico *El Espectador*. Estuvo al frente de varias de las más importantes investigaciones periodísticas que se han desarrollado en los últimos diez años en Colombia, como el Proceso 8.000, la persecución a Pablo Escobar, el atentado terrorista al Club El Nogal, entre otras. Ha sido galardonado en varias ocasiones con el Premio Simón Bolívar y es coautor de los libros *El presidente que se iba a caer* y *Diario íntimo de un fracaso*.

Contenido

Prólogo de Julio Sánchez Cristo.....	9
Introducción.....	15
El elegido.....	21
Víctima de su propio invento.....	47
Alerta temprana.....	105
Las negociaciones.....	137
Perseguidos por Kacerosky.....	203
Epílogo.....	243

Lo único que le faltaba a este libro ocurre justo por estos días. El fiscal general de la Nación en Colombia habla de beneficios judiciales para que aquellos traficantes menores colaboren con la justicia y así se pueda llegar a los grandes jefes del negocio hoy.

Durante años hemos hablado de los acuerdos secretos a los que habrían llegado narcotraficantes colombianos con las autoridades norteamericanas. Siempre fueron negados.

En una impecable investigación, al estilo no sólo de grandes periodistas que son sus autores, sino además de verdaderos libretistas, Édgar Téllez y Jorge Lesmes nos demuestran que la historia, además de ser cierta, es emocionantemente veraz. Sin proponérselo, porque no es su oficio, acaban de publicar no sólo uno de los mejores libros sobre el crimen organizado en Colombia, sino también el soporte para la película que Hollywood siempre ha querido hacer sobre mafia y nuestros capos.

Los autores resuelven dónde está el punto que une los más sonados episodios desde Pablo Escobar, El Mexicano, los Ochoa, el Cartel de Cali en pleno, sus guerras internas,

los paramilitares, el Cartel del Norte del Valle, la Operación Milenio, hasta la muerte de Carlos Castaño. Ese lugar común de encuentro de todas estas historias está en la negociación de todos en una corte en los Estados Unidos, que una vez concluimos de leer toda la trama, a partir de ahora se llamará en Colombia "Resocialización".

Durante años me entrevisté con varios de los protagonistas de esta historia. Se la pregunté a la señora Janet Reno personalmente, a la juez Theresa M. B. van Vliet y a varias autoridades en Colombia y en los Estados Unidos. "No coments".

Visité a muchos jueces, abogados, narcotraficantes, DEA, FBI, oficiales de la embajada, y siempre me llamó la atención que a la mayoría los veía en oficinas o en restaurantes, mientras que a los que estaban negociando los veía en la cárcel un día y al otro en un café de South Beach o en el bar de un aeropuerto en los Estados Unidos.

La explicación de cómo lo hacían hace parte de este Pacto en la Sombra. Los que aceptaron colaborar pagaron penas bajas, entraban y salían en el proceso de negociación, dieron dinero, cumplieron con sus positivos, ayudaron a desmontar la operación, las rutas y hoy viven en los Estados Unidos, varios aún colaborando con las autoridades.

Esa opción la tuvieron todos. Para unos dio sus frutos, para otros no fue atractiva y otros murieron en el camino por intentar hacerla y a nombre de otros se presionó precisamente para que la aceptaran más.

Desde el Proceso 8.000 he admirado la tenacidad de Jorge y Édgar, por el rigor con que sustentan sus informes. Extraño que no estén juntos en el día a día de un medio en caliente, pero a lo mejor su disciplina de trabajo se los impide. Lo que leemos aquí es la recolección cuidadosa de documentos clasificados, grabaciones y testimonios que

prueban cómo se adelantó el más ambicioso acuerdo, que siempre fue negado por las autoridades norteamericanas, entre una corte de los Estados Unidos y más de 100 narcotraficantes.

En el recorrido para descifrar este Pacto en la Sombra revive el testimonio de nuestro misterioso James Bond colombiano, Baruch Vega, quien es el enlace inicial de toda la operación. A Vega lo conocí en Estados Unidos, por cuenta de Jorge Lesmes, cuando trabajaba en la revista *Semana* y realizaba la primera entrevista que Vega concedía a un medio de comunicación.

Fue la primera vez que vi a una persona con un grillete electrónico en el tobillo. También estaba vestido de negro y, como dicen los autores, de buenos modales, desde entonces siempre dice: "mi señor..." El misterio de la personalidad de este ingeniero santandereano está por descubrirse. Si fue ingeniero de ITT, si estuvo detrás del derrocamiento de Allende en Chile, qué fue a hacer a Angola, si participó en el desmonte de las guerrillas centroamericanas, si alguna vez ha disparado un arma o si, al final, lo único que ha disparado es el obturador de su cámara fotografiando a las más bellas modelos del mundo.

Todavía existe algo de misterio en Vega, su relación con el histórico hotel Mutiny de Coconut Grove, pero sobre todo con ese Miami Beach escogido siempre por la mafia y las célebres leyendas para el ocaso de sus carreras. Llenar una tina con 670 botellas de Dom Perignon para celebrar el "corone" de un embarque será escena inolvidable de la película.

El médico Carlos Ramón, testigo clave de este testimonio, es eje de varios acuerdos y sus cuentos en su frentero estilo dibujan la personalidad de esta cultura que se entrelaza en varias páginas que encontrarán a

continuación. A él lo conocí durante los viajes previos a su acuerdo, luego cuando pagó, estuve con él antes de entrar a la cárcel y luego en su libertad. En sus días de reclusión escribió un libro que decidió archivar y en donde nos quedó debiendo capítulos tan enigmáticos como el del príncipe árabe que llevó droga colombiana a Europa en su avión privado.

Con Lesmes y Téllez hacemos un fascinante viaje por la memoria reciente del problema en el que patinamos hace años y finalmente con este libro entendemos al menos una parte esencial de la historia. Digo que en este pacto "casi" todos ganan: las autoridades colombianas y norteamericanas, los que firmaron. El "casi" va por cuenta de los indicadores que muestran cómo las calles en Estados Unidos siguen inundadas de droga y el precio bajando.

JULIO SÁNCHEZ CRISTO

1 de noviembre de 2006

La captura en 1995 de los dos principales jefes del Cartel de Cali y el posterior sometimiento a la justicia de sus socios no lograron cambiar la percepción que por aquella época Estados Unidos tenía del Gobierno y el Estado colombiano.

Por el contrario, el desmantelamiento de la que Washington calificó como la mayor organización criminal del planeta iba camino de convertirse en un gran fiasco porque las penas de prisión contempladas en los códigos eran demasiado laxas y no existían herramientas adecuadas para expropiar las enormes fortunas de los barones de la droga.

Además, la extradición había sido abolida en la reforma constitucional de 1991 y el cuestionado gobierno de Ernesto Samper no mostraba interés alguno en restablecerla. Y la fumigación de cultivos ilícitos estaba prácticamente suspendida debido a los pactos suscritos por funcionarios del Gobierno con los promotores de marchas campesinas que protestaban por el uso de glifosato. Como si fuera poco, las agencias antidroga habían descubierto que una segunda generación de narcotraficantes, total-

mente desconocida, coparon los espacios dejados por los otrora poderosos capos de Cali y ya habían empezado a inundar de droga las calles de las principales ciudades estadounidenses.

El panorama de lo que ocurría entonces en Colombia quedó reflejado en un informe del Departamento de Estado, que explicó los motivos por los cuales el gobierno de Samper fue descertificado en 1996 por no desarrollar una adecuada política antidrogas: "El presidente Ernesto Samper evitó ser destituido mediante el voto de la Cámara de Representantes que consideró que no existía evidencia para juzgarlo con respecto a las acusaciones de haber recibido aportes del narcotráfico para su campaña presidencial de 1994. La subsecuente crisis disminuyó la autoridad moral del presidente para gobernar, pese a lo cual el mandatario aseveró que completaría su período hasta agosto de 1998. Los narcotraficantes controlaron un vasto número de empresas y la corrupción relacionada con el tráfico de drogas ejerció una enorme influencia dentro de la vida social y política del país".

Este diagnóstico fue objeto de amplia evaluación en la Casa Blanca y en los Departamentos de Estado y de Justicia, que optaron por desarrollar estrategias de corto, mediano y largo plazo para controlar a los narcotraficantes encarcelados, enfrentar a sus sucesores y combatir de frente el lucrativo negocio.

Así, en octubre de 1995, el entonces presidente Bill Clinton estableció severas sanciones contra las empresas y personas que hicieran negocios con narcotraficantes colombianos. La norma, que en adelante se hizo famosa con el nombre de Lista Clinton, fue aplicada de inmediato contra decenas de compañías y ciudadanos, sobre los que recaía la sospecha de estar relacionados, de una u otra manera, con los barones de la droga.

El siguiente paso consistió en aprovechar la debilidad política de Samper. Al respecto, Estados Unidos optó por no intervenir directamente en la crisis desatada por la financiación con dineros del Cartel de Cali de la campaña que lo llevó al poder, pero en cambio ejerció una dura presión con la que logró que el Gobierno se decidiera a presentar proyectos de ley para revivir la extradición y extinguir de manera definitiva los bienes de los narcos.

Los planes de Washington también incluyeron a los nuevos carteles que emergieron tras la caída de los capos de Cali, sobre quienes el Departamento de Justicia decidió aplicar la vieja estrategia de la zanahoria y el garrote.

La negociación de las penas y el reconocimiento de la responsabilidad son una constante histórica en el sistema de justicia de Estados Unidos, que a lo largo de los años ha construido un mecanismo legal fuerte y sofisticado para enfrentar los males que puedan poner en peligro a la sociedad estadounidense.

El sistema acusatorio, que es resultado del pragmatismo anglosajón, tiene incorporada la opción de negociar con el acusado la sanción a imponer, pero partiendo del reconocimiento completo de la responsabilidad. La Fiscalía —que es el mismo Gobierno— acusa al delincuente y busca el resarcimiento por el perjuicio ocasionado.

Negociar con el inculpado es la esencia misma del sistema acusatorio, que está construido, entre otras cosas, sobre la base de sanciones muy elevadas y drásticas penas privativas de la libertad, como la cadena perpetua. En otras palabras, cuando las penas son altas, la base para negociar con el delincuente siempre favorecerá al Estado.

El pragmatismo anglosajón también plantea que es mejor buscar un arreglo que asumir los costos de un juicio largo y complejo en el que siempre opera un jurado de conciencia. Al sistema de justicia estadounidense le es indife-

rente que la sanción sea el producto de una negociación o de un juicio público. Para el delito de narcotráfico este componente resulta fundamental porque la negociación y la consiguiente desaparición del proceso penal siempre tendrá como objeto la entrega de bienes o fuertes sumas de dinero a cambio de la rebaja de la pena.

Sobre estas premisas, el Departamento de Justicia decidió hacer una audaz apuesta para combatir a los mafiosos colombianos por una vía distinta de la represión. Y lo hizo a través del Programa de Resocialización de Narcotraficantes, una ambiciosa estrategia encaminada a convencer a los traficantes de dejar el negocio a cambio de obtener un tratamiento jurídico benévolo y conservar parte de sus fortunas.

Tal como queda reflejado en este libro, el aparato judicial estadounidense dedicó todas sus energías a lograr el objetivo trazado desde Washington por la entonces fiscal Janet Reno y su mano derecha, Mary Leen Warren, quien hoy todavía permanece al frente de esa estrategia, que ha sacado del camino a no menos de 300 narcotraficantes.

Desde 1996 los pactos en la sombra con el narcotráfico han continuado, pero sin informarles de manera oficial a las autoridades colombianas. Se trata de un esquema secreto del que muy pocos conocen sus detalles y su resultado final, pero que ha contribuido en forma decisiva a que Estados Unidos conozca hoy la dinámica y funcionamiento de un negocio que, pese a todo, está lejos de acabarse.